

«¡DEKKER ES UN MAESTRO DEL SUSPENSO!»

—LIBRARY JOURNAL

AUTOR DE ÉXITOS DE LIBRERÍA DEL NEW YORK TIMES

TED DEKKER

ADÁN

SE MURIÓ UNA VEZ PARA DETENER AL ASESINO  
AHORA VUELVE A MORIR PARA SALVAR A SU ESPOSA

El psicólogo de conducta del FBI, Daniel Clark, se ha hecho famoso por sus argumentos de que la religión es uno de los antagonistas más grandes de la sociedad. Lo que Daniel no sabe es que su persecución obsesiva de un asesino en serie conocido sólo como «Eva» terminará en su propia muerte en manos de Eva. Después de veinte minutos Daniel es resucitado, sólo para luego sentirse perseguido por esos veinte minutos perdidos de vida.

De pronto se hace dolorosamente evidente que la única manera de detener a Eva es recobrando esos minutos perdidos al morirse... otra vez. Lo que no es tan claro es cuántas veces tendrá que morir para descubrir la verdad, no sólo acerca de Eva, sino de sí mismo. Daniel tendrá que enfrentar realidades que lo persiguen en cuanto a posesiones demoníacas en el mundo moderno, y volver a evaluar su propio prejuicio en contra de la religión, para detener al asesino.

El ladrón no viene más que a robar,  
matar y destruir...

Como lo citara el apóstol Juan  
Juan 10.10

# VARÓN DE DOLORES: UN VIAJE A LAS TINIEBLAS

por Anne Rudolph

*La revista Crime Today se complace en publicar el informe narrativo de Anne Rudolph sobre el asesino conocido ahora como Alex Price, presentado en nueve entregas, una cada mes, y titulado «Varón de dolores: Un viaje a las tinieblas». La galardonada cobertura investigativa de Rudolph nos proporciona una visión casi sin precedentes del bien y el mal en acción dentro de nuestra sociedad moderna.*

## 1964

Nadie, ni los trabajadores extranjeros que recuerdan haber visto al bebé con regordetas piernas que pataleaban mientras yacía sobre una cobija color café al lado de los campos, ni los agricultores de Arkansas que reían mientras descubrían la pancita del niño, ni sin duda tampoco sus adorables padres, Lorden y Betty Price, se podían imaginar que el bebé de ojos castaños llamado Alex Price, nacido el 8 de agosto de 1964, iba a andar un día con paso inocente como un lobo al acecho de un cordero herido.

Nuevamente, en 1964 faltaban más de cuatro décadas para que Alex Price comenzara el ciclo deliberado de terror que acabaría con las vidas de muchas jóvenes mujeres.

Como hijos de trabajadores extranjeros, Lorden y Betty Price se criaron con la misma ética laboral firme que tenían muchos obreros extranjeros de los campos en todo el sur durante las dé-

cadadas de los cuarenta y los cincuenta. Católicos devotos, pensaron en inculcar amor y buena sensibilidad moral en los hijos con los que Dios los bendijera.

Iban a misa con regularidad a una pequeña catedral en la cercana Ruta 78 de Conway, donde los fieles se congregaban todos los domingos. Según aquellos que lo conocían, Lorden pudo haber abierto su propio taller mecánico con solo un poco más de suerte, un poco más de educación, y unas cuantas personas más serviciales. Él tenía una habilidad con las máquinas que impresionaba a los hacendados locales.

La pequeña familia de tres vivía sin pagar alquiler en una casa móvil en la parte trasera de la granja Hope, en un arreglo con Bill Hope a cambio de la ayuda extra de Lorden en el mantenimiento de todos los vehículos de la granja. Incluso Bill le prestaba a Lorden su camioneta Dodge 1953 para sus desplazamientos. Considerando todo esto, a los Price les iba muy bien cuando el pequeño Alex vino al mundo.

«El diablillo de muchacho más listo que usted viera alguna vez —recuerda Constance Jersey con suave sonrisa y ojos cansinos—. Solían llevarlo a todas partes en uno de esos cochecitos de alambre que Lorden encontró en la basura y arregló. Dondequiera que lo pusieran, no se podía lograr que ese chico dejara de sonreír y cautivar como si se tratara del alma más afortunada en todo el amplio mundo».

Otros trabajadores recuerdan a Lorden corriendo tarde un día de arriba abajo por las carreteras del campo de algodón, sacando la cabeza por la ventanilla de la camioneta, llamando a gritos a Betty y exigiendo saber dónde estaba Alex. Parece que los había perdido momentáneamente a ambos, y se llenó de pánico. Los encontró en el establo, descansando del ardiente sol.

Cuando Alex tenía un año de edad, Betty dio a luz una bebida hermosa de cabello rubio, de siete libras y dos onzas, a quien llamaron Jessica. Lorden era la clase de hombre que se aseguraba que toda persona a la que conocía supiera lo adorables que eran sus hijos, y no tenía que esforzarse para cumplir esa tarea.

«Ellos irán a la universidad», anunció a sus compañeros un cálido día en el campo de algodón. El sector algodonero pasaba una mala racha a mediados de la década de los sesenta, reemplazado por el mercado más rentable del maíz. El trabajo era duro y el sa-

lario apenas alcanzaba para mantener viva a la familia. «Juro que irán a la universidad, aunque sea lo último que yo haga».

Los compañeros no le prestaban atención. El idealista de Lorden expresaba a menudo tales anuncios atrevidos, pero la vida como obreros en el condado Faulkner en 1965 no ofrecía mucha esperanza para algo tan insólito como asistir a la Universidad de Arkansas Central cerca de Conway. Sin embargo, Lorden repetía constantemente sus intenciones, afirmando que un día ganarían verdadero dinero en las fábricas del norte, y que enviarían a sus hijos a la universidad.

Exactamente un año después del nacimiento de Jessica, cuando el invierno entraba al centro de Arkansas, Lorden anunció a su esposa que Bill Hope le permitió dejarle llevar la camioneta a Chicago para una prolongada visita a parientes que habían salido de Arkansas varios años antes, con la esperanza de trabajar en las fábricas. Los Price empacaron sus pertenencias en dos grandes maletas, se despidieron de sus vecinos, y se pusieron en camino por la polvorienta carretera.

La camioneta Dodge regresó casi cinco semanas después, cargada con regalos del norte. José Menéndez, quien vivía con su esposa Estella en otra casa móvil cerca de los Price, recuerda el día con claridad: «Usted debe entender que los Price eran una familia frugal; no gastaban dinero en muchas cosas a menos que fueran para los hijos. La sonrisa en sus rostros cuando regresaron con ese botín nos hizo pensar a todos en ir al norte para trabajar en las fábricas».

Una lavadora en perfectas condiciones; dos maletas nuevas llenas de ropa, sobre todo para Alex y Jessica. Pero la motosierra era el premio de Lorden. José recordó que Lorden cortó tanta leña esa primera semana que les duró para dos inviernos tanto a ellos como a los vecinos.

Los primeros cuatro años de la vida de Alex Price solo se pueden reconstruir a partir de los recuerdos de personas como los Menéndez y los Hope. Al enterarse de todo, uno se pregunta qué habría sido de Alex si a sus padres les hubieran permitido continuar su obtención lenta pero reflexionada de una vida feliz.

¿Se habrían mudado a Chicago y habrían enviado a sus hijos a una escuela pública mientras ahorraban el dinero para una educación secundaria? ¿Se habría criado Alex en la granja, para finalmente abrir la tienda con la que su padre solamente soñaba?

La noche del 15 de enero de 1968 era calurosa para los niveles de Arkansas, casi como unos agradables y templados doce grados centígrados según los registros del servicio meteorológico. Nubes cargadas y negras se cernían sobre la mayor parte del condado Faulkner.

Betty acostó a Alex, entonces de cuatro años, y a Jessica, quien tenía tres, en sus camas gemelas en la habitación trasera, les entonó un suave cántico como hacía todas las noches, les hizo hacer sus oraciones, y apagó las luces. José Menéndez recordó que la casa móvil de los Price, que se encontraba solo como a quince metros de la suya, ya estaba a oscuras cuando él salió a buscar leña a las ocho y treinta.

Los grillos chirriaban en el bosque cercano; por lo demás, la noche estaba en silencio. Lorden despertó aproximadamente a la 1:45 a.m. por un ruido chirriante, un sonido bastante común en la casa de los Price, que estaba colocada sobre una base inestable y que fácilmente se sacudía con el viento. Solo cuando Lorden se dio cuenta de que no soplaban el viento, abrió los ojos y escuchó con más cuidado. La ausencia de viento fue lo que lo despabiló, le contó más tarde a la policía.

La puerta de malla rechinó en la oscuridad y Lorden se incorporó. A sus oídos llegó un débil y sordo sonido.

Llevado ahora por el pánico, Lorden aventó la cobija y corrió hacia la diminuta sala. Vio abierta la puerta de entrada, pero su mente se hallaba en la habitación de los niños. Se precipitó a la puerta y observó algo que lo perseguiría en los años venideros.

Dos camas vacías.

Más tarde recordó: «No lo podía creer. Sencillamente no lo podía creer». Se quedó helado en la puerta, mirando por unos segundos interminables las sábanas blancas vacías antes de gritar y salir corriendo de la casa.

Había una camioneta Ford estacionada en la entrada de gravi-lla. La puerta del chofer se cerró de golpe y por un instante Lorden vio las figuras en el interior: en el asiento del conductor se encontraba un adulto con sombrero de vaquero, y por el costado del pasajero otro individuo con cabello largo metía a empujones a

Alex y Jessica dentro de la camioneta. Libres de las manos que los amordazaban, los dos niños comenzaron a gritar.

Lorden corrió hacia la camioneta, pero iba solo a mitad de camino por el césped cuando esta retumbó y arrancó bruscamente, arrojando gravilla.

Ahora con inconsciente pánico, Lorden corrió hacia la Chevy, prendió el motor y salió detrás de la camioneta que se alejaba. Betty salió de la casa, llamándolo. Él tuvo la fortaleza para abrir de un empujón la puerta del pasajero y gritarle que informara del secuestro al comisario del condado. Ella debía hacer la llamada desde la casa principal de la granja.

A Lorden le costó recordar lo que sucedió a continuación. «¡Yo no lograba pensar! —repetía más tarde—. ¡Sencillamente... me era imposible imaginar, no lo podía creer!».

En un comprensible estado de ansiedad, el padre corrió por la entrada, giró a la izquierda en la primera bifurcación, siguiendo el polvo que levantaba la camioneta Ford, y aceleró a fondo la vieja Chevy. Tenía los ojos fijos en el par de luces traseras delante de él.

La siguiente esquina giraba noventa grados a la izquierda, y Lorden se salió por completo de la vía. La camioneta fue a estrellarse contra la cuneta al fondo.

Incapaz de volver a prender el motor, Lorden salió del vehículo y corrió tras las lejanas luces traseras, gritando hacia la casa móvil de los Menéndez a su izquierda. José salió corriendo, y un jadeante Lorden anunció a gritos que alguien se acababa de llevar a Alex y Jessica.

Pero sin una camioneta, José estaba impotente para salir en persecución. Y para cuando llegó a la casa de la granja Hope a fin de llamar a la policía, la camioneta Ford ya se encontraba muy fuera de la vista.

Bill Hope informó el secuestro al comisario del condado Faulkner a la 1:56 a.m., luego saltó a su auto con José y se dirigió a la carretera vecinal casi a ochocientos metros de distancia. Encontraron a Lorden Price caminando en la intersección, observando la inmensa franja vacía de asfalto que se extendía en ambas direcciones.

«Fue lo más horrible que nunca vi —recuerda José—. El hombre había corrido casi kilómetro y medio, y estaba al borde de una crisis nerviosa. Había una mirada de muerte en él».

Sin ninguna pista de la dirección en que los secuestradores habían huido, Lorden no lograba decidir dónde retomar la persecución, así que Bill Hope se dirigió al este. La carretera pasaba por una región forestal sin lámparas de calle, y las nubes negras bloqueaban la última insinuación de luz del cielo. Ellos corrían hacia el este, siguiendo lo que abarcaban sus luces delanteras, y nada más.

En esos primeros diez minutos no habrían podido calmar a Lorden Price si hubieran querido hacerlo. Pero pronto él se fue quedando en silencio en el asiento trasero a medida que la carretera no aportaba ninguna promesa. Después de quince minutos Bill disminuyó la marcha del auto y preguntó a Lorden si quería que buscaran en la otra dirección.

Lorden no respondió. Simplemente se tendió en el asiento y sollozó. «Fue horrible —comentó José—. Fue sencillamente horrible».

### *La casa de los Price en Arkansas*

El comisario Rob Green recibió la orden de investigar un secuestro en la granja Hope a la 1:59 a.m. Dejó su café frío y salió de inmediato. El oficial Peter Morgan del departamento de policía de Conway también respondió al llamado. Los dos habían llegado a la escena cuando Bill Hope, José Menéndez y Lorden Price regresaron.

Mientras Lorden hacía lo posible por tranquilizar a su histérica esposa, los funcionarios comenzaron a procesar la escena del crimen. Rápidamente radiaron un anuncio completo de una camioneta que correspondía a la descripción de Lorden. Aunque el secuestro no era algo frecuente, todos los representantes de la ley sabían lo importantes que eran las primeras horas de búsqueda. Un rastro es solo un rastro mientras se pueda percibir.

Con la ayuda de patrullas de carreteras, se instalaron bloqueos apresurados en cuatro de las seis carreteras vecinales de Conway y sus alrededores. La oficina del FBI de Little Rock fue informada del incidente al amanecer, y el agente especial Ronald Silverton estuvo de acuerdo en ayudar al comisario local a iniciar la búsqueda.

da. Los secuestros estaban clasificados como de intervención federal, pero en su mayor parte el FBI solo seguía aquellos casos en que se podía interponer una acción judicial. El secuestro de los Price no era prometedor, pero Silverton creyó que si se movían con la suficiente rapidez podrían tener una posibilidad.



*Esbozo policial de Adán y Jessica Price*

Se inició una exhaustiva búsqueda de los niños perdidos, con el agente Silverton en la coordinación de los recursos del FBI, y el comisario Rob Green a cargo de la investigación en la región. No se halló evidencia en campos y zanjas, canales y conductos. Docenas de periódicos y estaciones de radio de Arkansas extendieron la noticia del secuestro de Alex y Jessica a través de un amplio círculo. Los Price no tenían fotografías de sus hijos por la sencilla razón de que no disponían de una cámara. Habían ahorrado para ese año en Navidad hacerse sacar en Conway un retrato de la familia, pero aún estaban a fines de la cosecha.

Del departamento de policía de Little Rock llevaron un dibujante, cuyo retrato de los dos niños se imprimió en periódicos y octavillas, que fueron clavados en cientos de postes cubriendo un radio de trescientos kilómetros. Mientras tanto, las autoridades montaron un escenario probable basado en las evidencias reunidas en la escena del crimen.

Era evidente que los sujetos desconocidos, o UNSUB (siglas en inglés), como se denomina comúnmente a autores desconocidos de un crimen, se acercaron tanto a la casa de la granja Hope como a la de los Menéndez antes de dirigirse a la vivienda de los Price. También se encontraron múltiples huellas de botas corres-

pondientes a las del exterior de la ventana de los niños Price en el terreno de las ventanas exteriores de los hogares de los Hope y de los Menéndez.

«Supimos entonces que estábamos tratando con la peor clase de secuestro —recuerda el agente especial Silverton—. La evidencia sugería que los autores del crimen no tuvieron en cuenta objetos de valor a la vista en la ventana de los Hope y que se dirigieron al hogar de los Menéndez. Al no encontrar nada de interés se acercaron a la vivienda de los Price, donde hallaron aquello por lo que habían ido: los niños».

Hay dos clases principales de secuestradores: los que raptan para pedir recompensa, y los que secuestran víctimas para su uso personal.

De inmediato se hizo claro para Silverton que trataban con la última clase. Era obvio que los Price tenían poco o nada para dar a un secuestrador a cambio de sus hijos. No trabajaban en cargos de influencia ni tenían acceso a información que un criminal pudiera estar buscando.

Con toda probabilidad, Alex y Jessica fueron raptados por alguien que deseaba tener hijos pero que no podía procrearlos, o por alguien que pretendía usar a los niños para un propósito no identificado.

Además, la evidencia sugería que los delincuentes no eran novatos en el crimen que cometieron. Una vez que hallaron a los niños retiraron concienzudamente de la pared el marco de la ventana, tornillo a tornillo, tarea en que pudieron haber tardado una hora.

No se obtuvieron huellas digitales en el cuarto. No hubo gritos de alarma de los niños hasta que estuvieron fuera de la casa, lo que sugería que los levantaron con sumo cuidado de sus camas mientras dormían profundamente. Igual que muchos padres, a veces los Price permitían a sus hijos dormir en el sofá y luego los llevaban a sus camas, lo cual podría explicar por qué ni Alex ni Jessica hicieron antes un escándalo. Es probable que el frío de afuera despertara a los niños, pero para entonces tenían las bocas tapadas y sus raptos corrían hacia la camioneta.

Imaginando que los secuestradores no fueran de los que se ocultaban cerca mientras hacían saber sus demandas de una recompensa, Silverton amplió su búsqueda a los estados vecinos de Arkansas. De inmediato se inició una extensa pesquisa de los registros del FBI de casos de secuestro correspondientes a esta descripción. Para un examen detallado se enviaron al laboratorio criminal del FBI en Quantico moldes de las marcas de las llantas e impresiones de las botas.

Pasó una semana sin ninguna pista firme. Lorden y Betty se desesperaron aún más. La esperanza de un rescate rápido dio paso a la seguridad de una larga búsqueda.

Lorden no había dejado de pensar en el hecho de que solamente la clase más vil de ser humano podría raptar a un niño. Su temor de lo que pudieran estar enfrentando los niños fue reemplazado por una ira continua contra los animales que cazaron a tales tiernas e inocentes criaturas.

Pasó un mes, y Silverton visitó a los Price con algunos consejos que ellos se negaron a aceptar. Era insignificante la cantidad de casos en que recuperaban niños secuestrados después de estar desaparecidos por más de un mes. Con discreción el agente animó a Lorden y Betty a prepararse para vivir sin sus hijos.

Pasaron dos meses, y ni una sola pista firme llevó a identificar o localizar a los UNSUB. Las autoridades sabían que los zapatos que ellos usaban, botas de trabajo Bigton tallas once y seis, probablemente pertenecían a un hombre y una mujer. Quizás un equipo de esposo y esposa. Basados en los moldes de las llantas concluyeron que el vehículo usado para el secuestro era una camioneta F150 fabricada entre 1954 y 1957. Un expediente de evidencia circunstancial sugería que los raptos vivían en un ambiente rural, que eran hábiles con herramientas, que tal vez no tenían educación formal, y que viajarían distancias extraordinarias para conseguir un niño. Pero ninguna de estas evidencias llevó al FBI o a las autoridades locales hasta los secuestradores mismos.

Los dos meses se extendieron a seis, Lorden renunció poco a poco a la esperanza y comenzó a seguir el consejo del agente Silverton. Betty quiso tener inmediatamente otro hijo, pero él insistió en que esperaran. «Lorden temía que ellos regresaran y se llevaran también este hijo —comentó José Menéndez—. Les aseguro que él nunca se recuperó. Después de eso se encerró en sí mismo. Como si no se pudiera sacar vida del hombre por mucho que se intentara».

Alex y Jessica habían desaparecido. Por lo que Lorden y Betty sabían, sus hijos estaban muertos.

Pero Alex y Jessica no estaban muertos.

Se hallaban en Oklahoma.

Y no se reincorporarían al mundo durante trece años.

# UNO

2007

**U**NA CÁLIDA Y HÚMEDA NOCHE en Los Ángeles. Afuera el tráfico de la ciudad era pesado y un millón de almas luchaban por abrirse paso en otra hora pico, preocupadas por inflados pagos de hipotecas e intolerables exigencias sociales. Dentro de la oficina del FBI de Los Ángeles el zumbido del aire acondicionado tenía en aquel momento más importancia para Daniel.

A través del amplio escritorio de arce, el agente especial Daniel Clark miró fijamente los ojos de Frank Montova, hundidos detrás de hinchadas mejillas, como uvas pasas. El pescuezo del hombre sobresalía de un cuello de camisa dos tallas más pequeñas. De las cincuenta y seis oficinas regionales del FBI, solo cuatro eran suficientemente grandes para ser manejadas por un subdirector encargado (ADIC, por sus siglas en inglés), a diferencia de un agente especial encargado. Los Ángeles era una de esas cuatro. La broma continua era que a veces Montova cumplía su sigla profesional (adicto).

—No digo que yo no utilizaría otros recursos a nuestra disposición —comentó Daniel.

—Sin *mucha* ayuda no atrapas a un asesino con patrón metódico que ha dejado un rastro de quince víctimas en nueve estados. No me importa lo bueno que seas. Te mueves solo, rompes la custodia de la cadena de evidencias, y echarás por tierra nuestras posibilidades de obtener juntos una acción judicial, y mucho menos una condena.

—No solo se trata de obtener una condena —indicó Daniel—. Se trata de detener al asesino en el caso Eva antes de que mate a otra mujer. Se trata de entrar a la mente del asesino sin que él lo sepa. Creo que puedo hacer eso mejor estando solo que teniendo un equipo. Sigamos el protocolo, y quizás nunca lo encontremos. Debemos anticiparnos a él, no solo perseguirlo.

—¿Estás seguro de que no se trata de la muerte de Mark White?

Mark era el patólogo forense que había trabajado con Daniel, dejando al descubierto las claves que podían a partir de los cuerpos de las víctimas. Dos semanas antes resultó muerto en un accidente automovilístico, que aún no se dictaminaba como accidental. Daniel había considerado a Mark más amigo que compañero.

—Puedo entender cómo pudo llegar usted a esa conclusión, pero no. Mark y yo habíamos discutido el asunto de ir de incógnito. Se trata de hacer una investigación anticipándonos a Eva, no solo de esperar para estar al nivel de sus escenas criminales.

—Yo estaría más preocupado con la legalidad y la prioridad judicial —cuestionó Montova, y torció los labios—. Al director no le gusta esto. Existen razones para que el departamento investigue del modo en que lo hace.

—¿Está usted negando mi solicitud? —preguntó Daniel después de respirar lentamente, serenándose.

—Se trata de mi motivo. Y, sí, a eso me estoy inclinando.

Daniel se levantó de la tapizada silla para visitantes y se dirigió a la ventana. Como muchas de las oficinas del departamento, el mobiliario era anticuado, asunto postergado desde la última serie de cortes presupuestarios. Dos estanterías llenas de registros en carpetas negras y resúmenes legales atados con cuero. Un árbol de caucho sintético en un rincón. Una mesa redonda de conferencias con cuatro sillas metálicas. Alfombra industrial gris.